

Capítulo 2: La vaca

El cielo estaba plagado de motas de luz. Estrellas. A Akun le gustaba pensar que en alguna de ellas estaban sus padres y su hermana pequeña mortinada. Su madre no quiso volver a tener hijos desde aquella experiencia, creyendo que estaba maldita.

– Malditas vacas flacas –se quejó su ahora único compañero.

Boris todavía tenía un pedazo de carne cruda en la mano y masticaba con fuerzas renovadas. Su boca y sus manos estaban ensangrentadas. Akun se miró las suyas y constató que estaban igual. Se frotó una con la otra y luego añadió arena del suelo que tiñó de rojo. Se tumbó y siguió mirando las estrellas, con la cabeza apoyada sobre las sucias manos. Era un buen sitio para dormir, como cualquier otro en ese vasto desierto que parecía no habitar nada ni nadie. Cerró los ojos y se durmió con la tripa llena.

Rose le sonreía en la cama. No hacía falta que abriera los ojos. Se conocía sus rasgos de memoria. Unos labios carnosos arqueándose y dejando entrever dientes de una blancura siempre tan inmaculada que contrastaba con su tez oscura. Casi podía sentir sus delicados dedos acariciándole en la nuca y por detrás de la oreja. Veía con gran nitidez el turquesa de sus ojos que lo miraban dormir con ternura. Se sabía esa escena de memoria, y soñaba con ella todas las noches desde que Rose desapareció. Desde que lo encarcelaron y posteriormente arrojaron al desierto.

Pero esa vez fue un poco distinto. Rose empezó a darle suaves tortas en la mejilla para que se despertara. A Akun le gustaba hacerse el dormido para que ella lo despertara con besos. Pero los besos no llegaron y las tortas se hicieron más fuertes. Hasta el punto de hacer daño.

Akun abrió los ojos. Todavía era de noche, pero la tenue luz le permitió distinguir un feo rostro oscuro, con una fea cicatriz horizontal en la frente y una fea sonrisa del típico idiota que se las da de superior. No estaba acostumbrado a que alguien fuera superior a él, pero en ese momento, cuando vio el sable que colgaba de su cinturón, tuvo que admitir que hasta el gran Akun Val'Dore podía hallarse en situaciones de inferioridad. A pesar de todo, el hombre le tendió una mano para ayudarlo a incorporarse.

Se sentía cansado y tenía los músculos entumecidos. No había debido de dormir demasiado. Buscó a Boris a su alrededor y se lo encontró erguido hablando con otros dos hombres vestidos igual que el primero: una túnica holgada ceñida con un cinturón o una especie de talabarte del que colgaba el alfanje típico de los escarabajos. Aquello podía ser una suerte o una desgracia. Todo dependería de lo que dijeran a continuación.

– ¿Os habéis comido a vuestro amigo?

La pregunta le pilló de improviso. Tanto que ni siquiera la entendió.

– ¿Qué? –logró balbucear antes de ponerse a toser.

Cada vez que hablaba, la voz le rascaba en la garganta. El tipo que tenía enfrente le ofreció una cantimplora. Akun odiaba a los escarabajos, pero un hombre en el desierto debe aceptar el agua que se le ofrece. Y en ese preciso momento, si se lo hubiera pedido incluso le habría cambiado su palacio en el lago Danesi por esa cantimplora.

– Bebe todo lo que quieras, tenemos más en los camellos.

Akun bebió hasta la saciedad. Sintió que revivía. De pronto, sus ojos veían mejor. Su nariz olía mejor. Sus manos agarraban mejor. Sus oídos escuchaban mejor. El agua le supo a gloria.

– Gracias –se oyó decir.

El escarabajo asintió, y luego repitió la pregunta, adoptando un gesto más serio.

– ¿Os habéis comido a vuestro amigo?

Akun miró a su alrededor otra vez. Boris parecía tan confuso como él, pero estaba mucho más alborotado. Hacía aspavientos en todas direcciones, como intentando justificarse de algo. Luego recordó a la vaca. Le resultó algo tan inverosímil que tuvo que retener las ganas de echarse a reír. ¿Qué iba a hacer una vaca allí? Y entonces, al buscarla a su lado, encontró un cuerpo destrozado, pero con la cabeza intacta: Antoine.

Notó que le temblaban las piernas de nuevo. Sus renovadas fuerzas desaparecieron de golpe y fueron reemplazadas por un creciente malestar. Unas oleadas de náuseas muy intensas se abrieron camino por su esófago y, momento después estaba vomitando carne. ¿Dónde demonios estaba la vaca?

– Eso no bastará –se limitó a decir el escarabajo.

No pudo evitar que por su cabeza asomara una idea terrorífica. Todo el mundo conocía las historias. Historias de miedo que se contaban a los niños pequeños junto a la lumbre. Historias que habían ido contándose de generación en generación, deformándose y adquiriendo nuevos matices y versiones. Todas tenían una cosa en común: comer carne humana despertaba a su demonio, que abandonaba el cuerpo del muerto para atormentar al vivo.

Akun no creía en esas historias, y aun así le costó quitarse el miedo del cuerpo. Sin embargo, estaba totalmente trastocado por lo que había hecho sin darse cuenta. Por haberse comido a su amigo y servidor creyendo que era una vaca. ¿Cómo había podido ocurrir?

– El desierto no trata bien a los sedientos –dijo otro de los escarabajos, que se acercaba con una sonrisa aviesa–. ¿Qué hacemos con ellos?

– Nos los llevamos, el jefe decidirá.

Akun escupió un último gargajo de bilis y se limpió la boca con el dorso de la mano. Suspiró. De momento seguirían vivos.